JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Homenaje de Lope de Vega a Francia

MADRID
1 9 7 2

TIRADA APARTE

DE LOS

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO VIII

456571

Depósito legal. Sep. M. 4.593.—1966 (VIII)

RAYCAR, S. A. IMPRESORES. Matilde Hernández, 27. Madrid (19)

HOMENAJE DE LOPE DE VEGA A FRANCIA

POR JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

En estos tiempos, cuando, por fortuna, el espíritu de la cultura occidental se considera perdurable, en lo posible, procurando alejar la lúgubre, pero quizás inapelable voz de Spengler en *La Decadencia de Occidente*, y España y Francia se sienten más unidas en su Romanidad, me es grato sobremanera un homenaje que rindió al país vecino nuestro Lope de Vega, «tan de veras español», como él se decía, ahora que Francia, la de «los eternos valores», está afrontando, con la dignidad y la elegancia espirituales que le son características, la disgregación y reflujo de su antiguo imperio colonial, trance por el que España ya pasó, con su peculiar adelantarse en los acaecimientos históricos, hace más de siglo y medio...

Ya ha pasado algún tiempo desde que en un estudio mío, dedicado a la bella comedia del *Fénix, El Villano en su rincón* [1], hube de señalar unos evidentes errores del estudioso hispanista francés Marcel Bataillon, que aparecen en sus artículos sobre la misma obra de Lope [2], y quedé con las ganas de aclarar detenidamente lo referente al homenaje a Francia que, según opina, se contiene en la citada comedia, perteneciente a la plena madurez de la creación dramática lopiana.

Como me propongo realizar tal deseo en estas páginas, ciñéndome a ese momento histórico de Francia y España [3], es preciso que antes traiga aquí a colación lo que escribí entonces sobre la arbitraria interpretación del señor

---

[1] *Lope de Vega y su tiempo. Estudio especial de «El Villano en su rincón»*. Barcelona [1961]. Dos tomos. *Estudios* (págs. 327-364).

[2] *«El Villano en su rincón»* (en *Bulletin Hispanique*, t. LI, 1949, págs. 5-38) y *Encore «El Villano en su rincón»* (en *Idem*, t. LII, 1950, pág. 397).

[3] No voy a referirme aquí a las diversas opiniones que, sobre Francia y los franceses —unas favorables, las menos, y otras, adversas, las más—, aparecen a lo largo de la obra del *Fénix*, sino al momento histórico que se refiere a los dobles esponsales del futuro

Bataillon de la aludida comedia del «Monstruo de Naturaleza», reproduciendo los párrafos que se refieren al tema en cuestión, extractando mi crítica, cuando me ha sido posible, y ampliándola o corrigiéndola según los puntos de que trata [4].

El señor Bataillon, considerando la comedia de Lope como una «pieza de circunstancia» —no deja de ser pobre su idea de la excelente comedia del *Fénix*—, fijaba la fecha de su composición en 1612, año en que se celebró, «por poderes», el doble matrimonio del futuro Felipe IV con Isabel de Borbón y de su hermana Ana de Austria con Luis XIII de Francia, pero más adelante se decidió por la fecha de 1615, en que tuvo lugar en el Bidasoa el trueque de las dos princesas, destinadas a ser reinas de España y de Francia, respectivamente, aunque la comedia en cuestión nada tenga que ver con este hecho histórico.

Prescindiendo momentáneamente de las «circunstancias» aludidas, que relaciona el señor Bataillon con la comedia de Lope, la última fecha que fija —1615— es sin duda la más cercana a la probable en que se escribió la citada comedia del *Fénix*. Pero no por esas «circunstancias», o mejor dicho, aunque esas circunstancias existiesen, sino porque en ese mismo año había escrito ya el poeta otra comedia suya, *El Galán de la Membrilla*, que responde a una

---

Felipe IV, de España, con la princesa francesa Isabel de Borbón —hija de Enrique IV y de María de Médicis—, luego gran reina de España, y de Luis XIII, de Francia, con la infanta española Ana Mauricia —hija de Felipe III y de Margarita de Austria—, después Ana de Francia, que fue una de sus mejores reinas, acordados en 1612 para sellar la paz entre España y Francia, aunque no se celebraron las bodas hasta octubre de 1615, trocándose la infanta española por la princesa francesa —llamada también *Isabel de la Paz*, por alusión a la que determinó su matrimonio y el de su cuñada— en el paso de Behovia, en Irún (Guipúzcoa), sobre el río Bidasoa, límite entre Francia y España; rodeándose el acto de solemnísimas fiestas en ambos países; regidas las de España por la ostentación y el buen gusto del duque de Lerma, ministro favorito de Felipe III.

Las relaciones españolas y francesas, de tan sonado acontecimiento, con todos sus detalles, figuran enumeradas por ALENDA Y MIRA: *Relaciones de Solemnidades y Fiestas Públicas de España*, Madrid, 1903 [t. I], págs. 167-183), y de ellas cabe destacar la de un probable testigo presencial, PEDRO MANTUANO: *Casamientos de España y Francia* (Madrid, 1618), que tuvo un anónimo contradictor, y sobre el tema, la obra, no enumerada por Alenda y Mira, de un desconocido español que, al parecer, vivía en Francia, el doctor Carlos García —nombre supuesto de ser seudónimo—, autor también de *La desordenada codicia de los bienes ajenos* (París, 1619), a la que dio el título, no carente de gracia entonces, de *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la Tierra. Obra apacible y curiosa en la cual se trata de la dichosa Alianza de Francia y España: con la Antipathia de Españoles y Franceses* (París, 1617), de tono «precontestatario». (Las dos obras del autor están reimpresas en *Libros de Antaño*, t. VII, Madrid, 1877.)

También se completa la bibliografía del tema en las *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España, desde 1599 hasta 1614*, por CABRERA DE CÓRDOBA, Madrid, 1857 (páginas 590-594), por GONZÁLEZ DE AMEZÚA, en *Lope de Vega en sus cartas. Introducción al Epistolario de Lope de Vega Carpio*, t. I, Madrid, 1935 (págs. 59-93).

[4] Cfr. ENTRAMBASAGUAS: *Ob. cit.*, t. *Estudios* (págs. 342-357), donde se indican en la *Bibliografía* (págs. 423-431) las obras, utilizadas en el texto, de los autores que se citan.

misma época ideológica de Lope. El paralelismo dramático, de temas, de ambiente, de lenguaje y aún de estilo de esta comedia y *El Villano en su rincón* no deja lugar a dudas de que ambas obras se compusieron sin gran intervalo de tiempo, pues ya sabemos que Lope tiene en su producción indiscutibles períodos de problemas temáticos y escénicos, de motivos poéticos, de alusiones, de vocabulario mismo, según sus lecturas o la vida que le rodea, que dan una misma factura a las obras que escribe durante ellos.

En Lope todo cálculo de este tipo puede fallar, pero parece lo más probable que escribiera *El Villano en su rincón* ya más tranquilo que en aquel agitado año de su vida, en los comienzos de 1616, cumpliendo un deseo, que debió de venir madurando desde abril de 1615, en que había acabado, al parecer, *El Galán de La Membrilla*, de la cual esta obra viene a ser un fruto análogo de su creación dramática, pero más maduro y meditado, en todos los aspectos y sobre tema distinto.

Contra las opiniones de Angel Valbuena Prat y José Fernández Montesinos, que consideran el epitafio de Juan Labrador como una interpretación popular que Lope utilizó en su comedia, Angel del Arco Garay supone, fundándose en un texto de Suárez de Figueroa —en que aparece como décima, que antes no era—, que el epitafio que da el autor, que él conoce, es una «variante plagiaria» del de la comedia de Lope, indiscutiblemente anterior a *El Pasagero* (1617). No creo, por esto, como Bataillon, que se trate de «la forma más intacta».

Bataillon se pronuncia contra la opinión de Arco Garay y refuerza la de Valbuena y Montesinos, recordando que en el *Diálogo de la Lengua*, de Juan de Valdés, cita éste un refrán: «Ese es Rey, el que no ve rey», recogido también por Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de Refranes*, de esta forma: «Ese es rey, que nunca vio rey o que nunca vio al Rey.»

Ninguno de los citados comentaristas se ha enterado de que Fray Prudencio de Sandoval, de quien lo tomó Lope seguramente, dio antes el epitafio en su *Historia de Carlos V* (Valladolid, 1606), y quizás nombre al labrador, aunque me parece una composición evidentemente popular; a lo más, arreglada:

«Aquí yaz Juan Labrador
que por jamás al Rey vido,
a nadie envidió ni ha sido,
testigo, reo ni actor;
moso y con su igual casó,
hijos y nietos gozó,
sin deuda, un sustento asaz;
con su mujer vivió en paz
y cual cristiano murió.»

Bataillon demuestra el origen francés de la historia, que ya se indica en los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada (1553), y acierta en pensar que debió de quedar grabada en la memoria de Lope como «una historia francesa» y el lugar de la comedia le arrastró a utilizarla, pero es más seguro que no lo francés, sino el choque que representa entre la Corte y la aldea, impulsara al *Fénix* a ensamblarla en la elaboración de su comedia. Por eso son inútiles o equivocadas las deducciones que hace el estudioso hispanista sobre un imposible paralelismo que establece entre el villano de Lope y el carbonero de la historia, ya que nada tienen de común sus caracteres. No hay más afinidad entre las escenas de la comedia y la historieta que la anécdota y detalles aprovechados del texto de Torquemada por el *Fénix,* absolutamente evidentes. Incluso los galanteos del Rey con las hijas del carbonero, apenas apuntados en Torquemada, hallan en *El Villano en su rincón* una extensa interpretación escénica. Otros aspectos comunes puramente literarios, entre ambas obras, no necesitan encarecerse por su evidencia también.

No puede negarse la similitud entre el momento esencial de la historieta citada y el cuento del labrador y del hidalgo, sobre que donde éste se sentara estaría la cabecera, aplicado por Sancho en el *Quijote,* a la escena de la comida en casa de los Duques, pero, aunque publicado el genial libro de Cervantes antes que *El Villano en su rincón,* no parece que en éste influyera en nada, ya que el texto de Torquemada llenó todas las medidas del episodio de la comedia, como se ha visto. Menos puede admitirse, por lo dicho, y porque se ignora si Lope lo leyó, un cuento análogo de Antonio Puzzi —poeta florentino del siglo XIV—, del cual Rodríguez Marín creía ver una reminiscencia en la obra del *Fénix,* aunque indicando que también lo inserta Gutiérrez Salinas en sus *Discursos del Pan y del Vino del Niño Jesús* (Alcalá, 1600), que tampoco hubo de influir en Lope; el cuento en sí, por otra parte, tiene varias derivaciones literarias y populares en todos los tiempos.

Es raro que Bataillon, tan pendiente de todo lo español, desconozca o no cite las pretendidas fuentes que anteceden.

Lo que sí deja demostrado el hispanista citado es que otras fuentes, de «novellieri» italianos, que atribuían, a la comedia de Lope, Menéndez y Pelayo y el insigne hispanista Ernest Martinenche y algún otro crítico, no tienen fundamento alguno.

No hay en la comedia, como cree Bataillon, una exaltación de la Monarquía especialmente llevada a ella, pues los mismos sentimientos y análogas escenas no son privativas de *El Villano en su rincón,* sino de otras muchas comedias

del *Fénix* y del teatro de su época, y menos podría fundarse en tal exaltación, situándose en la época, un tema de lucha de clases sociales [5].

El único problema que se plantea en la comedia es el que va apareciendo y resolviéndose en su tiempo: la oposición de la nobleza, que va decayendo espiritual y económicamente, apartada de la misión guerrera y entregada al lujo desenfrenadamente, y la naciente burguesía de origen rural, con la fortuna de sus tierras, aquilatada por el trabajo, que cultiva y cuida en vez de abandonarlas, por el brillo de la Corte, como los nobles, que quiere equipararse a ellos, trocando dineros por blasones en un tema eterno.

Bataillon se asombra justamente —aunque es típico de Lope— de la carencia casi absoluta del verdadero ambiente espacial en que se desarrolla la comedia, sustituido por otro netamente español, que refuerzan el lenguaje, las ideas y todos los detalles.

Como complemento de lo expuesto, es imprescindible destacar la inexactitud de una interpretación de *El Villano en su rincón* que el señor Bataillon, tantas veces citado, ha publicado en sus estudios sobre ella, juzgándola «comedia de circunstancia», sin el menor fundamento.

La forma en que Bataillon llega a esta extravagante clasificación de la comedia del *Fénix* es imprescindible seguirla en sus inestables deducciones y conjeturas. Para el laborioso hispanista francés, *El Villano en su rincón*, comedia cuya trascendencia ideológica y humana creo que queda bien probada en cuanto se ha dicho, no es más que un «entretenimiento rústico franco-español» —aunque, a la verdad, es bien fácil de comprobar, con la simple lectura de la obra, que Francia no aparece por parte alguna, más que nominalmente, en el lugar de acción y en algunas alusiones intrascendentes, sin el menor colorido local— y a la vez una «representación moral, dedicada a glorificar la Monarquía, exaltando el servicio personal del Rey a sus cortesanos», juicio este último no poco sorprendente, cuando el propio Bataillon nos habla acertadamente del tema archiconocido de las diferencias del concepto de la vida en la sociedad, en la Corte y en la aldea, con todo su antiquísimo simbolismo, según es sabido. En fin, llevado de estas infundadas consideraciones, Bataillon viene a concluir, con ojos franceses, puestos en un Versalles dieciochesco, que *El Villano en su rincón* está dentro de «la moda aristocrática del género rústico», que, respecto de España y del tiempo de Lope, no puede estar más fuera de lugar, ya que había pasado, casi en absoluto, la interpretación idealista de lo pastoril, emanada del Renacimiento

---

[5] Véase HERRERO-GARCÍA: *La monarquía teorética de Lope de Vega* (en *Fénix*, Madrid, 1935, págs. 177-224 y 302-362).

Siguiente

—más de una minoría intelectual que de un medio, tan diferente en la España de la Edad de Oro del de Francia en el siglo XVIII, a la cual pudiera cuadrar mejor—, sustituida por la versión fuertemente realista del Barroco, con la novela picaresca al frente, y del cual es ejemplo convincente precisamente *El Villano en su rincón.*

Ahora bien, partiendo de estos convencionales puntos de vista es de donde llega Bataillon a una deducción, más sorprendente aún que ellos, de que *El Villano en su rincón* es «una pieza de circunstancia», como he dicho, pero de esencial «homenaje al país vecino», Francia, lo cual cree reforzar con la casual inclusión, en la misma Parte Séptima, de *Comedias,* de Lope de Vega, encabezada por *El Villano en su rincón,* de un anónimo *Baile del duque de Humena* —inserto, como sucede siempre en tales casos, por capricho del impresor para completar el volumen—, que se refiere a la embajada del duque de Mayenne, o Mayena, en España —designado siempre por los españoles con aquel singular nombre— para concertar los dobles matrimonios entre España y Francia, y con una serie de arbitrarias interpretaciones de pasajes y alusiones de la comedia —algunos de patente error [6]— que a nadie podrán convencer y no es oportuno pormenorizar aquí, aunque no lo rehuya otra vez, si es necesario. Con referencia al pasaje de la comedia que considera Bataillon más significativo, el que alude a la jornada *por mar* (!) de la infanta, cuyo nombre es Ana —tan frecuente en España, como es sabido—, escribe el imaginativo hispanista: «He aquí como Ana evoca, por sí sola, los dos matrimonios y puede ser, según se desee, princesa francesa o infanta española» (!). Para muestra de las conjeturas, basta con este botón, pero hay otro aún más majo: si en la comedia acompaña a la Infanta un Almirante —ambos personajes de ficción— es porque como el duque de Sessa lo fue de Nápoles, «la alusión de Lope sería una manera *discreta* (!!) de dar públicamente la candidatura de su señor para tal honor» [7]. Creo que, además, todo comentario a este desconocimiento de cómo se hacían semejantes nombramientos y de lo ajeno que estaba el pueblo a ello, como el Consejo Real a las comedias del *Fénix* —a quien no quisieron hacer cuatro años después Cronista Real, aunque lo pidió, Sessa le apoyaría—, es innecesario de todo punto» [8].

* * *

[6] Cfr. ENTRAMBASAGUAS: *Ob. cit.*, t. *Textos.*

[7] Hasta en esto hay error. Al duque de Sessa, tras un destierro en Valladolid, de 1611 a 1612, se le rehabilitó en el título de Almirante de Nápoles, vinculado a su casa, la de los Fernández de Córdoba, desde el Gran Capitán, que gestionaría no mucho después y le fue concedido en 1614. (Cfr. GONZÁLEZ DE AMEZÚA: *Ob.* y t. cits., págs. 51-65.)

[8] Parecía lógico, en el cuidadoso autor de *Erasmo en España* [traducción de Antonio Alatorre, segunda edición], Méjico [1966] —obra tan importante como necesitada de una

Ahora, aclarado lo que se refiere a los comentarios dedicados a la comedia *El Villano en su rincón* por el entusiasta hispanista, considerándola como «obra de circunstancia», en que se dedica un homenaje a Francia, voy a tratar de otra comedia del *Fénix, Los ramilletes de Madrid,* en donde, por una «circunstancia» precisamente, está el aludido homenaje a Francia, buscado en aquella comedia, con error evidente, por el señor Bataillon, quien parece desconocer esta otra obra de Lope de Vega, ya que ni la cita en ocasión tan propicia como tuvo para comentarla [9].

La verdad es que el título de la comedia más frecuente, ya indicado, no sugiere, por sí mismo, que tenga la obra nada que ver con las Bodas Reales de 1615, pero otro que tiene, *Las dos estrellas trocadas,* usado muy poco, como podrá comprobarse más adelante, aunque lindamente metafórico, es más orientador [10].

La comedia, llena de encanto y muy representativa de su autor, es de aquellas muchas del *Fénix* cuyo argumento está basado en una de sus imaginativas «fábulas de amores» —que son la mayoría de su producción—, con la correspondiente fórmula dramática de personajes, de situaciones, de ambiente y de invención propicios para desarrollar el enredo de su acción, ágilmente seguida, como es peculiar en Lope, en una magistral panorámica

---

detenida revisión que la complete y sobre todo que corrija sus no menos importantes errores y omisiones— aprovecharía cualquier ocasión para enmendar los que se le indican. Pues no. Al incluir su estudio sobre *El Villano en su rincón,* reuniendo en él los dos citados, en su *Varia Lección sobre Clásicos Españoles* [versión castellana de José Pérez Riesgo], Madrid [1964] (págs. 329-372) los errores perduran y nada ha variado en beneficio de quien lo utilice. Y me abstengo de comentar, después de esto, el titulito del libro y la reverencial solapa que lo acompaña, tan teatral que parece un anuncio norteamericano en vez del elogio del señor Bataillon, que «es un sabio» —los sabios son tan distraídos..., digo yo, en su disculpa— que sólo utiliza «la concepción auténtica, no las mezquinas «fuentes (!) en que tantos se ocupan». Y conste que considero ajeno, a esta anónima bufonada comercial, al señor Bataillon, por el que tengo el respeto que se merece como hispanista, pero hay elogios que matan, sobre todo si para tributarlos, con tan doblada actitud, hay que ofender a todos los demás. ¡Las fuentes son necesarias para aclarar o limpiar tantas cosas!

[9] En realidad ya habíamos aludido a la comedia y su relación con las Bodas Reales de 1615, por lo menos González de Amezúa —*Ob.*, t. y lug. cits.— y yo en el tomo de mis *Estudios,* ya aludidos (pág. 329), publicados mucho antes.

[10] Con el título, sin duda primigenio, de *Los ramilletes de Madrid,* aparece la comedia, casi simultáneamente citada en la Segunda Lista de Comedias del *Fénix,* del *Peregrino en su patria* (1618) y publicada en la parte XI de *Comedias* de Lope (Madrid, 1618), reimpresa en Barcelona, en 1618 también. De este único texto impreso se sacó una copia manuscrita, que existe en la Biblioteca Palatina de Parma —cfr. Restori: *Une Collezione di Commedie de Lope de Vega Carpio,* Livorno, 1891 (pág. 32), y Entrambasaguas: *Una nueva comedia de Lope de Vega sobre Santa Teresa de Jesús,* Madrid, 1964 (pág. 37, nota 5)—, que también ostenta el mismo título.

Se incluyó, siguiendo el texto impreso, incluso el título, por Hartzenbusch en su edición de *Comedias Escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio* (t. IV, págs. 303-322), de la *Biblioteca de Autores Españoles* (t. LII), y por Cotarelo en *Obras de Lope de Vega (Nueva edición),* t. XIII, Madrid, 1930 (págs. XXVI-XXIX y 469-504), que utilizaré en adelante,

de Madrid y sus costumbres características, con algunas noticias curiosas [11] que, como lo mucho que contiene la comedia para suscitar una demorada y atrayente crítica, no es ocasión de realizar aquí, aunque tienta la pluma, ya que debo ceñirme al aspecto de la obra que me he propuesto exclusivamente: el homenaje que en ella rinde el poeta a Francia, por haber introducido en su texto, múy hábilmente, una verdadera relación de la jornada de la Corte a la frontera francesa para celebrar el intercambio de las Bodas Reales, acordadas en 1612 y celebradas en 1615, como es sabido, con la singularidad de que el autor del poético relato, el *Fénix,* fue testigo de los sucesos, con sus dotes de observador insuperable.

---

para las referencias que haga al texto, cuyas erratas corregiré en los fragmentos que reproduzca.

En cuanto al título de *Las dos estrellas trocadas,* no menos feliz que el otro, si se añadió, fue eventualmente, fundándose en que, como si se tratara del de la comedia, se repite en ésta, como era costumbre muchas veces (págs. 488 *a,* 489 *a,* 497 *a*), pero en puridad solamente puede aplicarse a la relación inserta en ella.

Confirma lo dicho que el título de *Los ramilletes de Madrid* —siempre al frente de la comedia según se ha indicado, salvo en un caso de la crítica actual, como se verá más adelante— se reitera, en toda la comedia, según la costumbre dicha (págs. 472 *a,* 472 *b,* 474 *a,* 475 *b,* 478 *a,* 480 *a,* 496 *b*) y está en la alusión final de ella, como también era casi obligado:

«Aquí acaba *la comedia*
a quien dio Madrid la historia
y ramilletes su *Vega.*»

Sin la menor alusión a la circunstancia de las Bodas Reales o «las estrellas trocadas», que dio lugar a introducir en ella el acontecimiento, presenciado desde el comienzo al fin por el autor.

[11] Aunque sin detenerme en ellas y su innegable utilidad para aclarar posibles alusiones de otros textos de Lope y de su época, quiero enumerar las más salientes: el mismo título de *Los ramilletes de Madrid* proviene de los que se vendían, y eran famosos, en un mercado de flores que tenía la Villa y Corte y se instalaba en la calle «junto a la plaza Mayor», «que la Imperial *se llamó*» (pág. 471 *b*), siendo lo subrayado no poco extraño, ya que con ese nombre perdura y sale a relucir, por ejemplo, en *Misericordia,* la magnífica novela de Galdós; en la «Puerta del Sol hermosa» se vendían fruta y pescado (pág. 469 *b*-470 *a*); se citan la armería y otras cosas de Milán (págs. 470 *a* y passim); hay alusiones a escritores, como Gregorio Hernández, Diego de Mendoza, Fernando de Acuña, Garcilaso, Ariosto, Taso, «el gran Liñán, aquel ingenio divino» y a sus conocidos versos «Tanto lustre y gracia reina...» y a las *Rimillas* de Lope; éste demuestra en toda la comedia numerosos y sorprendentes conocimientos botánicos en inacabables enumeraciones de plantas y flores, etc..., que solían traer los aldeanos de Leganés, Getafe, Fuenlabrada, Alcorcón; se alude a la Patrona de Madrid —sin indicar la advocación de la Virgen a que se refiere, acaso la de la Almudena— y a que en la Puerta de Guadalajara se vendían oro y seda; hay juegos de palabras entre un huertano de Leganés y el famoso Juan de Leganés —texto no conocido de MILLÉ GIMÉNEZ en su artículo sobre él, en *Estudos de Literatura Española,* La Plata, 1928, págs. 285-298—; se alude a los romances «Campo inútil de pizarras» y «Manos blancas y ojos negros», cuyo autor no he conseguido determinar; se describe cómo trazar un jardín «en un poco de corral», como hizo el *Fénix* en el «más breve que cometa» de su casa de Madrid; se nombra la venta de Viveros; los moros dejaban en España su corazón, aunque se fueran sus cuerpos; se llama «nobleza gallega a los lacayos», etc., etc., a más de lo que consta y comentaré en los pasajes de la relación de las Bodas Reales, más adelante.

La fecha de la comedia no ofrece duda, ya que debió de escribirse en Madrid, al regresar Lope de la jornada —donde figuró acompañando, como capellán, a su señor el duque de Sessa [12]—, «entre mediados de noviembre y el 12 de diciembre de 1615», según dicen con razón Morley y Bruerton [13], ya que en esta última fecha se había estrenado, aunque se acabaría antes; al menos al comenzar los ya andados días del mes, que se utilizarían para preparar su representación [14].

---

[12] Véase GONZÁLEZ DE AMEZÚA: *Ob.* y t. cits. (págs. 59-93). *Los Ramilletes de Madrid,* de Lope, sólo se citan de pasada, sin detenerse en la relación, no completa, pero llena de interés, como homenaje a Francia, por ser del *Fénix.*

[13] *Cronología de las Comedias de Lope de Vega.* Versión española de María Rosa Cartes, Madrid [1968] (págs. 64 y 93), que designan siempre la comedia con el título *Las dos estrellas trocadas,* aunque hagan alusión al otro, sin duda el verdadero, como ya indiqué.

Asimismo dan ambos hispanistas beneméritos algunas observaciones curiosas sobre la estructura estrófica de la comedia, como, por ejemplo, que en ella está «el pasaje más largo, y, por lo que parece, el más largo de Lope»; del empleo del romance (pág. 124); que es el último caso fechado de un final de acto en redondillas (págs. 204 y 274); que es la comedia más antigua fechada con aproximación, después de 1603, que no tiene «versos su[eltos]» (pág. 270), y que es «el primer caso de un m[onólogo] i[nterpretativo] en décimas», antes de 1619 (págs. 296 y 297), todo lo cual sería interesante estudiar con referencia a la técnica dramática lopiana, que cada vez va resultando más meditada y complicada, en sus etapas evolutivas, de lo que a simple vista parece y con la ya señalada dualidad de acción de la comedia.

Por último, debo advertir, siguiendo a los autores citados en su obra, que son exactamente de la misma fecha, de 1615, que *Los ramilletes de Madrid* o *Las dos estrellas trocadas,* como ellas designan la obra, las comedias del *Fénix El Galán de la Membrilla, El mayor imposible* y *Santiago el Verde,* lo cual deberá tenerse en cuenta para cualquier estudio de cierta importancia que se realice sobre cualquiera de ellas, ya que presentarán las afinidades —como ya he dicho— que en Lope son comunes a cada grupo cronológico de su producción, aunque ni Morley y Bruerton ni ningún crítico lopiano, que yo sepa, lo ha tenido en cuenta ni menos demarcado estos grupos, desde todos los puntos de vista que puedan derivar del cronológico, ya averiguado por los ilustres lopistas aludidos.

[14] Consta de una carta de Lope de Vega al duque de Sessa, fechada en «Madrid, Diciembre 12 de 1615», en que se lee:

«Aquí hay grandes prevenciones para la jornada última de la Princesa; mucho me huelgo que vuestra excelencia venga a tiempo que pueda acompañar su entrada, porque de todo este lugar es amado sumamente, y le esperan con mucho gusto.

La comedia se ha hecho [se ha representado] y ha salido lucidísima: vuestra excelencia la verá; que hasta tener su voto no quiero estar contento.»

Luego seguía representándose, en espera al menos de la llegada de doña Isabel de Borbón, y en uno de los tablados que para representar comedias, con motivo de las fiestas, se habían instalado en la Puerta del Sol. (Véase GONZÁLEZ DE AMEZÚA: *Ob.* y t. cits., pág. 85.) Y añade el *Fénix* a lo que dice esta noticia interesante:

«Mi salud es muy poca, pues desde que vine no me han faltado calenturas y corrimientos, con dolores excesivos; si el ver a vuestra excelencia no me vuelve en mí, desconfío de otro remedio.» (*Cartas Completas,* de LOPE DE VEGA, Ed. Rosenblat, t. I, páginas 288-289.)

Dejando a un lado la untuosa lagotería de Lope con su mentecato, y nada recomendable, señor, hay que tener en cuenta la situación del poeta en que se supone escribió *Los ramilletes de Madrid,* que Cotarelo resume de esta suerte, muy absolutamente: «es evidente que [Lope] *hilvanó* esta comedia en los primeros días de dicho mes de

Se da el caso especialísimo de que el protagonista de la comedia, Marcelo, el galán, y el gracioso, Fabio, que desempeñan en su enredada acción los papeles que la técnica dramática de Lope exige a cada uno, conforme a la fórmula de tal clase de obras, aunque siguen su misión hasta el final, se desdoblan inopinadamente en el cronista de la Jornada Real y en su acompañante, hacia la mitad de la comedia [15], justificándolo su autor con que Marcelo está, como el poeta, al servicio de la casa de Sessa, lo mismo que su familia [16] y, en consecuencia, su criado, el gracioso, también implícitamente, por serlo de él [17].

---

diciembre...». «Lope había hecho este esfuerzo cuando el cuerpo estaba rendido a la enfermedad.»

Aun dando por descontado el relevante virtuosismo del *Fénix* para escribir algunas de sus comedias, si el talante se lo permitía, *Los ramilletes de Madrid* no puede ser obra *hilvanada* en pocos días y concluirse para ser preparada y aprendida por los cómicos antes del doce que ya se había estrenado. La simple lectura de la comedia y el más simple cálculo de tiempo lo imposibilitan en absoluto y más estando tan enfermo el autor, como indica, sin siquiera las «horas veinticuatro» de que se jactó en una ocasión archisabida, libre de fiebre, de dolores fuertes que le producían la hinchazón o corrimiento de los ojos, que es sabido padecía, y harían casi imposible que escribiera.

Lo indicado me hace considerar si la comedia acaso estaba escrita en parte y Lope hizo el esfuerzo, aun para él gigantesco, en la situación que se encontraba —tal vez menos álgida al comenzar el mes de diciembre aludido o quizás antes—, de introducir en *Los ramilletes de Madrid*, una de tantas comedias excelentes suyas, *Las dos estrellas trocadas*, tan «de circunstancia», que era inevitable, ya que se le había encargado por el Ayuntamiento completar y supervisar el espectáculo que se preparaba para recibir a la princesa. (Cfr. GONZÁLEZ DE AMEZÚA, *Ob.* y t. cits., págs. 89 y 96.)

De primeros de diciembre es una carta de Lope en la que alude a *Los Ramilletes de Madrid:* «Yo *he escrito* una comedia de amores [según esto ya lo estaba al comenzar diciembre; bien se echa de ver que el sentido primero era «una comedia de amores», sólo], en que hago una relación sucinta de la jornada [parece haberla unido a ella, mejor], ya la estudian [confirma la fecha, más temprana, que sugiero]; no sé lo que será: todo lo temo. (*Cartas Completas* de Lope de Vega, ed. y t. citados, pág. 286.)

Y por si todo esto no fuera bastante para suponer el estado de ánimo del poeta, añádase que, según se verá, se había roto un brazo y al regresar de la jornada a Irún, se encontró su casa desvalijada por unos ladrones.

Pero todo ello, muy interesante para un estudio de *Los Ramilletes de Madrid*, no hace al caso de que voy tratando.

[15] Poco más o menos, a mitad del acto segundo, sin que antes haya la menor alusión al famoso acontecimiento que toda España conocía desde mucho tiempo antes de la partida de la Corte a la frontera francesa.

[16] Lo indica este diálogo de Liseo y Fineo en que Lope tiende como tantas veces a dar la sensación de realismo, con acumulación de circunstancias y detalles:

«FINEO. .....
Marcelo se ajusta bien
a vuestro merecimiento.
LISEO. ¿Sentíslo así?
FINEO. Ansí lo siento.
Conózcole y sé también
que él y sus padres sirvieron
a la gran casa de Sessa.
LISEO. ¡Buena ejecutoria es ésa!
FINEO. Los duques le ennoblecieron.» (Pág. 486 *a*.)

[17] Cotarelo cree necesario advertir que «el mismo Lope, con el nombre de Marcelo,

Así, habiendo sido testigos de lo que cuentan, se reparten el relato, al mismo tono que la acción de la comedia: Marcelo trata de los sucesos con respetuosa seriedad y Fabio, burlescamente, como corresponde a los personajes de ficción que son en *Los ramilletes de Madrid,* prolongando la acción de la comedia, la relación de las Bodas Reales, que viene a aumentar el número de las conocidas históricamente de modo original.

Para ello, el *Fénix* tiene que mantener en continuo peligro aquella verosimilitud tan decantada por él en su *Arte Nuevo de hacer comedias* y en otras obras [18].

Véase lo imprevisto de la noticia del viaje que da Marcelo a Fineo, su rival en el amor de Belisa:

«Yo no os podré dar palabra
de que no amaré a Belisa,
que es carácter en el alma;
mas si me busca Liseo
y este casamiento trata,
no me hallará, porque pienso
hacer a Irún mi jornada,
sirviendo al duque de Sessa,
que al gran príncipe acompaña,
de Lerma y Denia, y con esto
yo os cumpliré la palabra» [19].

---

se introduce en la comedia, aunque cambiando el nombre, por el papel amoroso que hace en ella» (pág. XXVII).

Lo exacto es que Lope, sin hacer la menor alusión autobiográfica, pone en boca del personaje de ficción, Marcelo, como en infinitos casos de su producción dramática, lo que ha visto.

Lope es aludido, no sólo con sus *Rimas,* como ya he indicado antes, sino, según se verá, más adelante, con el nombre tan suyo de Belardo, dándonos noticia de un suceso que le acaeció en el viaje al Bidasoa en cuestión.

[18] *El Arte Nuevo de hacer comedias en este tiempo.* Edición y estudio preliminar de Juana de José Prades, Madrid, 1971 (pág. 296), donde recomienda al que haya de escribir comedias:

«Guárdese de imposibles, porque es máxima
que sólo ha de imitar lo verosímil.»

Y de modo parecido, lo recuerda en estos versos que pone en boca de Diocleciano, nada menos, cuando se dirige al futuro San Ginés de su hermosa comedia *Lo fingido verdadero:*

«Dame una nueva fábula que tenga
más invención, aunque carezca de arte;
que tengo gusto de español en esto,
y como me le dé lo verosímil,
nunca reparo tanto en los preceptos.»

[19] Pág. 487 *b.*

En lo que sigue, como veremos, continúa conviviendo la acción de la comedia con el desarrollo de su acción argumental.

Anuncia Fabio a Marcelo la primera etapa del viaje, que será a Burgos, con el duque de Sessa y lo comenta con su amo:

... «Vamos, señor
a ver la ocasión más alta
que España y Francia han tenido,
juntándose España y Francia [20].
El de Sessa, mi señor,
con ostentación que iguala
al valor de sus abuelos,
sale de Madrid mañana [21].
Vamos a ver las entregas
de las estrellas trocadas
sobre las aguas del río,
último confín de España.»
.....
«Viva treinta veces Francia» [22].

---

[20] El extraordinario hispanista Sir CHARLES PETRIE, en su magnífico estudio *Felipe II* —versión española de Jesús Tobío Fernández, Madrid, 1964, pág. 311— dice con su peculiar y documentado conocimiento histórico de nuestra Edad de Oro:

«En lo que a las cuestiones internas se refiere, parecen concluyentes las pruebas de que la decadencia económica en realidad comenzó después de morir Felipe, pero además fue mucho más lenta de lo que generalmente se cree. En cuanto a la posición de España en el mundo era sin duda, en el equilibrio de poder, mucho más fuerte cuando el Rey murió de lo que era cuando subió al trono. Cierto que Inglaterra se había librado de sus garras, y que el intento de someterla por la fuerza se había frustrado, pero esto fue un daño más que una amenaza; Felipe también perdió aquella *damnosa hereditas* que eran los Países Bajos, pero unificó la península italiana y completó la obra de Fernando e Isabel, con la incorporación de Portugal a sus dominios, mientras las posesiones españolas en el Nuevo Mundo eran redondeadas con la anexión de Brasil. La Media Luna fue definitivamente eliminada del Mediterráneo occidental, y la Francia de Enrique IV, sin duda, no era más temible que la de Enrique II, mientras que los ejércitos españoles tendrían parte considerable en la política francesa en años futuros...»

Estas dobles bodas franco-españolas, posteriores, son consecuencia indudable de la bien asentada posición de España en el mundo y sobre todo en relación con Francia, que había de ser perdurable no poco tiempo.

Incluso, durante el reinado de Felipe III se incrementa todavía el Imperio Español con la incorporación a él de las plazas de Larache (1610) y La Mamora (1617) en la costa occidental de Africa.

Con plena razón González de Amezúa ha podido escribir, refiriéndose al momento español de las dobles bodas del Bidasoa, estas palabras, reveladoras, como el texto de Lope, del alarde español en aquel acontecimiento:

«Nunca había alcanzado la Monarquía española una ocasión tan solemne de mostrar su riqueza y poderío; nunca se vieron juntas tantas ni tan opulentas muestras de las artes suntuarias y del lujo.» (*Ob.* y t. cits., pág. 69.)

[21] «Lunes 12 de octubre de 1615 salió desta Corte para la misma jornada la recámara del duque de Sessa con muchas acémilas y reposteros bordados.» (Véase GONZÁLEZ DE AMEZÚA: *Ob.* y t. cits., pág. 71, nota 25.) No hay que decir que Lope iba con ella.

[22] Pág. 488 *a*.

Ambos se lo comunican a Belisa, y Marcelo se ofrece a ella para traerle lo que desee de los lugares a donde va, pero ella nada quiere, sino su corazón. La misma escena, cómicamente, se repite entre Fabio e Inés, la criada de Belisa, cuando le dice Fabio:

«Mas pues al confín francés
voy como galgo del cuello,
dígame cualque encomienda» [23].

Y al lamentarse Marcelo de abandonar a Belisa por el viaje, Fabio le anima tratándole de bobo con estas palabras, conforme al entusiasmo que tenía el pueblo español por el doble casamiento de la infanta y la princesa:

¡Oh, moscatel!
¡Vivan Ana y Isabel
las dos estrellas trocadas! [24].

La acción madrileña de la comedia se interrumpe, al trasladarse con el duque de Sessa Marcelo y Fabio a Burgos, donde entabla, como galán y gracioso de la comedia, este diálogo interesantísimo en cuanto se dice, describiendo cómo Madrid entero, toda la Corte, estaba allí:

«MARCELO. A Burgos llegado habemos.
FABIO. Famosa ciudad.
MARCELO. La silla
y cabeza de Castilla.
FABIO. La Corte en ella tenemos.
No falta señor o amigo.
MARCELO. Esta no puede llamarse
ausencia.
FABIO. No es ausentarse
traerse a Madrid consigo.
Ver del Rey tantos criados,
mercaderes y guanteros,
sastres y de otros oficios,
¿a quién no causa contento?
que de los de su persona
es infinito el proceso.
A los músicos de Cámara
topé.
MARCELO. ¡Por Dios que me huelgo!
que decían que, el mejor

[23] Págs. 488 *b*-489 *a*.
[24] Pág. 489 *a*.

que el mismo Apolo, era muerto [25].

FABIO. También he visto a Belardo,
que decían que, por medio,
se había quebrado un brazo;
y debió de ser del peso
de lo que tiene en las manos,
pues es más que todo el cielo.

MARCELO. Hay, en Madrid, ciertos hombres,
Fabio, que sueñan despiertos.
Ellos se entienden [26].

FABIO. Mañana,
según se dice, saldremos;
que hoy ha salido la casa

---

[25] No he logrado averiguar el nombre de este músico de la Cámara Real, cuyos méritos sobrepasaban a los de sus compañeros. Lo que sí puede recordarse que serían los que con tanto acierto acompañaban en sus bailes a Felipe III y su Corte, en esta afición del Monarca que le hizo sobresalir como el que mejor interpretaba las ceremoniosas danzas cortesanas al uso en su tiempo. Véase mi estudio *De cómo un rey madrileño dejó a su pueblo sin Corte,* Madrid, 1966 (pág. 54, nota 15).

[26] El texto precedente, ya comentado alguna vez, lo fue por Hartzenbusch primeramente —Ed. cit., t. I, pág. XX—, fundándose en uno de cierta relación manuscrita de las entregas de doña Ana y doña Isabel —manuscrita en la Biblioteca Nacional—, se dice: «En la jornada ha andado el famoso poeta Lope de Vega, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido.» RENNERT Y CASTRO —en la segunda edición de la obra anteponiendo, ignoro por qué, al nombre del autor el del traductor, que la adicionó— en su *Vida de Lope de Vega* —Salamanca [1968] (pág. 215, nota 45)— se alude al texto de la comedia y se dice: «Hartzenbusch piensa que esto es alusión al encargo de escribir el relato de la jornada», sin oponer nada a la opinión del crítico madrileño. Por su parte, Cotarelo, aun siendo el editor, a la vista de los datos de Hartzenbusch, piensa como éste que el pasaje en cuestión «querrá referirse al encargo de escribir la relación en verso de la jornada, que si la hizo ha quedado inédita» (ed. cit., pág. XXVII), sin caer en la cuenta que, de haberse escrito, es, naturalmente, la inserta en *Los ramilletes de Madrid.*

La verdad es que el anónimo autor de la relación es muy confuso: Mantuano es el que había de hacerla; Lope tomaba datos para la suya, de que estamos tratando, inserta en *Los ramilletes de Madrid,* lo cual es muy distinto. Como asimismo la interpretación dada a los versos de la comedia, que aceptan Rennert y Castro.

En otra ocasión les di la interpretación verdadera —*Vivir y crear de Lope de Vega,* Madrid, 1946 (pág. 319)—, que repito aquí. Se refiere en ellos al sacerdocio del *Fénix* y a su cotidiano tener en sus manos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, al decir misa; el Cuerpo de Cristo, que «es más que todo el cielo» y no el escribir una de tantas comedias suyas. En un conocido soneto del poeta, inserto en *Triunfos Divinos,* se alude a lo mismo, desde otro punto de vista: «Cuando en mis manos, Rey Eterno, os miro.»

Lo que hallo enigmático es el comentario que el *Fénix* pone en boca de Marcelo. Esos hombres que hay en Madrid y sueñan despiertos y se entienden consigo mismos, ¿a quiénes se alude? ¿El propio Lope a sí en su soñar la vida sacerdotal que se proponía y su lucha con los malos deseos del duque de Sessa, que, oponiéndose a lo que recomendaban sus confesores, al poeta, no quería perder a su singular y celestinesco secretario, al cual hizo al fin caer por medio de Lucia de Salcedo, la Loca? Por lo menos es el momento álgido de este cambio en la vida del *Fénix,* que acaso se comprendía a sí mismo. No se me ocurre otra interpretación de estos versos ajenos, en su sentido, a lo que les antecede y les sigue.

de aquel príncipe supremo
excelentísimo duque
de Lerma.

MARCELO. Pasa en silencio
tan alta grandeza, Fabio,
que ni romanos ni griegos,
desde César a Alejandro,
tal ostentación hicieron;
de sola aquesta salida
puede escribir, te prometo,
un libro un historiador.
Dos horas enteras pienso
que tardó en pasar su casa.
¡Qué plata, qué reposteros,
qué orden, qué majestad! [27].

FABIO. ¡Vive Dios que estoy suspenso!
No pensé envidiar jamás
ser acémila yo, y creo
que lo fuera, por cubrirme
de plata y oro hasta el cuello [28].
Mañana dicen que vamos
a Quintanapalla» [29].

Marcelo, antes de seguir el viaje, apasionado por el recuerdo de Belisa, manda a Fabio a Madrid, con una carta en verso para su amada, recompensándole si logra respuesta rápida:

«Tú has de ir por la posta allá.
Cien escudos te prometo
si antes de llegar a Irún
letras de Belisa veo» [30].

Fabio acepta, no sin asombro, y contesta a su señor, entablándose un nuevo diálogo no menos interesante para nuestro objeto:

«FABIO. Por ir a Madrid me huelgo.
Mas porque de versos tratas,
hoy en un corrillo dieron

---

[27] Véase, para confirmar estos versos de Lope, a GONZÁLEZ DE AMEZÚA: *Ob.* y t. cits. (páginas 74-77).

[28] Para Fabio parece haberse escrito por Fray Cristóbal de Fonseca, en su *Tratado del Amor de Dios* —Toledo, 1598 (fol. 346 *v*)— lo siguiente:

«Las acémilas de los grandes cuando hacen las primeras entradas en la Corte, van cargadas de riqueza de vajillas, de camas de brocado, reposteros bordados, garrotes de plata, sogas de seda, penchos, bozales; pero aunque la carga sea tan rica y tan lucida, al fin es carga que las mata y las bruma: así es la honra.»

[29] Pág. 491 *a-b*. Efectivamente, Quintanapalla, pueblo de la provincia de Burgos, figura en el itinerario.

[30] Pág. 491 *b*.

cuatro versos de una glosa
a estos altos casamientos.
MARCELO. ¿Tienes el papel?
FABIO. ¡Pues no!
MARCELO. Muestra... [*tomándolo*]
FABIO. Lee recio.
MARCECO. [Lo] leo:
Por una enigma tan alta,
triunfos España apercibe;
pues dando lo que recibe
le queda lo que le falta.
¡Brava por Dios!
FABIO. Es notable.
MARCELO. Y el tercer verso imposible.
FABIO. Yo lo tengo por posible
a un ingenio razonable.
MARCELO. Pues yo la quiero glosar
mientras a Madrid te envío.
FABIO. Si la glosas yo te fío
el premio.
MARCELO. Yo he de probar» [31].

Mientras Marcelo continúa su ruta cortesana hacia la frontera del Bidasoa, Fabio llega a Madrid, a donde se continúa la acción de la comedia, que interrumpió el viaje, y le ven Belisa e Inés, que en un gracioso diálogo le describen tal como llegó del asendereado viaje:

«INÉS. ¿Cómo albricias no me das?
BELISA. ¿Vino Marcelo?
INÉS. Su sombra.
BELISA. ¿Fabio?
El mismo...»
.....» ¡Ay! Entre y cobre
la vida que me han quitado» [32].

Y, efectivamente, aparece el derrotado Fabio, maltrecho por el camino, «con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botazas y un azote», esto es, una fusta con la que ha venido acuciando al caballo para llegar pronto con el encargo de Marcelo, al que alude, entre otras cosas propias del argumento de la comedia, diciendo que «camina a Fuenterrabía». Belisa lee la carta, donde, a la vuelta de martelos y celos, da esta disparatada geografía de su caminata:

[31] Pág. 491 *b*.
[32] Pág. 492 *b*.

«Huélgome que es hasta Francia
la jornada que llevamos;
que quiero sacar de España
amor tan desatinado.
Traducir pienso en París
la historia de mis cuidados
de castellano en francés
porque no la entiendan tantos...» [33].

No es preciso aclarar que nadie, sino la infanta doña Ana, con el reducido séquito a su servicio, cruzó la frontera de cuantos fueron en la numerosísima comitiva. Pero dejemos Madrid y volvamos a Marcelo, quien habla así con Lucindo y Lauso, dos caballeros, personajes exclusivos en la relación de la jornada y no de la comedia, que van en la comitiva:

«LUCINDO. La glosa ha sido extremada.
MARCELO. Por estar ya de partida
no pudo ser más lucida
más vista y más castigada,
que las musas con espuelas
nunca fueron de provecho [34].
LAUSO. ¡Cómo habláis de satisfecho!
LUCINDO. Todas éstas son cautelas
para pedirnos agora
lisonjas.
MARCELO. Tenéis razón
pues hijas las musas son
del silencio y del aurora;
y aquí ni le puede haber,
ni hay mañana en qué escribir.
LAUSO. ¿Queréis volverla a decir?

---

[33] Pág. 493 *a-b*.

[34] Estos versos merecen comentarse por lo significativos que son respecto de la época y de Lope. En los primeros de ellos hay la preocupación renacentista de la perfección formal en el arte, que el *Fénix* había promulgado en cierto pasaje de una perdida comedia suya que se inserta en *La Dorotea:*

«¿Cómo compones? Leyendo
y lo que leo imitando,
y lo que imito escribiendo,
y lo que escribo borrando;
de lo borrado escogiendo.»

Lo cual nos confirma en la comedia *El guante de doña Blanca:*

«... lo mejor de un poeta es lo borrado,
no lo más limpio, que pensó primero...»

Pero los restantes versos, olvidando a Garcilaso, que unió como ya es tópico la pluma con la espada, no podía escribirlos más que un hombre del Barroco, de la «generación de la Invencible», como Lope.

MARCELO. Siempre os quiero obedecer [*Lee:*]
Por una enigma tan alta
triunfos España apercibe,
pues dando lo que recibe,
le queda lo que le falta.

Propuso España una enima
de una estrella celestial
que un sol coronado anima
con una perla oriental
que el cielo por lumbre estima.

Francia, que la frente exalta
de triunfos y lirios de oro;
el blasón del sol esmalta
con darle otro igual tesoro
por una enigma tan alta.

Trocar quieren dos estrellas
alegres, Francia y España,
yendo Júpiter por ellas,
y en el mar que a las dos baña
poner colunas tan bellas.

Alégrase cuanto vive
con las estrellas hermosas
que la blanca paz recibe,
y a las entregas dichosas
triunfos España apercibe.

No gozará del laurel
deste divino tesoro
a no tener para él
Ana celestial, el oro,
de lo que vale Isabel.

El mismo peso apercibe,
y en este cambio real,
donde la partida escribe,
claro está que queda igual,
pues dando lo que recibe,

llevan a Francia el aurora
que de Francia viene a España,
cuyos pies Madrid adora:
y así, España, en esta hazaña,
lo que le falta atesora.

Con esto a enigma tan alta
ha satisfecho Isabel,
que aunque su sol le hace falta,
en el que viene por él,
le queda lo que le falta.

LUCINDO. Confieso sin invención
de envidia o lisonja vana,
que lo difícil allana
con toda satisfacción,
y que ese verso tercero
que imposible parecía
está más claro que el día.

LAUSO. Marcelo, un traslado quiero
para enviar a Madrid.

MARCELO. Vuestro es el papel y el dueño» [35].

Al tiempo en que concluye la lectura de la glosa, llega Fabio de regreso, inverosímilmente —aunque se trate de paliar la imposibilidad más de una vez recalcando la prisa del gracioso en tomar las postas—, y como en la contestación se dice que Belisa está casada, Marcelo se dispone a regresar a Madrid, con la misma inverosímil velocidad que su criado:

«Pues ya de las entregas pasó el día,
pedir licencia y que corramos quiero,
a ver si es la ocasión que yo temía» [36].

Y tras evocar el itinerario de vuelta, con sorprendente habilidad técnica para dar la sensación de tiempo y espacio, que no puede ofrecer la acción tan precipitada, que supera todo encantamiento o brujería de las que se suponían en la época, Marcelo, ayudado por algunas preguntas de Liseo, para que tenga cuanto dice alguna flexibilidad dramática, que no desdiga, violentamente, de la enredada acción de la comedia, hace la relación de todo lo sucedido en la jornada de las entregas de la infanta española y de la princesa francesa a sus respectivos esposos, con las debidas alabanzas a sus países y a los asistentes a la ceremonia, dando curiosos datos de ella, ya que fue testigo de vista su autor; he aquí la descripción de la llegada de las personas reales, que fue acompañada, en parte, de un duro temporal:

«Como suele hacer los lejos
la pintura o perspectiva,
o como ciudad altiva
se ve en pequeños espejos,
al católico Felipe

[35] Pág. 497 *a-b*. No he conseguido hallar noticia de si se publicó en otro lugar esta glosa de Lope, donde culmina su homenaje a Francia, en el doble matrimonio. Forzada, como casi todas las de moda entonces, en certámenes poéticos, no es tan excelente como indica su propio autor, aunque es posible que figurara en los carteles con inscripciones para la entrada de la Princesa en Madrid, en que Lope intervino según se sabe.

[36] Pág. 498 *b*.

Anterior Inicio Siguiente

y a la bellísima reina,
entrando en San Sebastián,
recibió gente de guerra
que de la misma provincia,
como al fin general della,
juntó don Alonso Idiáquez,
el que a Navarra gobierna.
Con bizarros capitanes
la lucida soldadesca
hizo salva al sol y al alba
en forma de escuadrón puesta.
Entró en la villa de noche,
cuyo castillo y sus piezas
pusieron al mar temor
y estremecieron la tierra.
Subió a verle una mañana,
y como entre sus almenas
le vio el mar, dicen que al muro
bajó humilde la cabeza,
y dijo: "para los mares
que tus pies, Felipe, besan,
yo soy una gota de agua,
cifra soy de tu grandeza."
Partióse a Fuenterrabía,
y de una barca pequeña
hizo el pasaje a la luna
y al sol una corta esfera;
mas deteniéndose en esto
nubes de envidia comienzan
a dar la escura noche
mares de agua por estrellas,
de suerte que el sol de España
perdió el camino, y pudiera
perderse más si faltaran
dos ángeles que le cercan.
Toda la noche formaron
los coches por varias sendas
una ciudad del diluvio
entre arboledas y piedras.
A las once, en fin, entró;
la salva a las nubes vuela
a castigarlas con humo
lo que con las aguas pecan.
Hubo Consejo de Estado
por la mañana, y la puerta
se dio a los franceses franca,

que admiraron la grandeza
del Duque y la ostentación
de aparadores y mesas,
porque fue todo el camino
tan grande, que se confiesan
vencidos Cleopatra, Antonio,
Jerjes, Alejandro y César.
El obispo de Bayona
y otra francesa nobleza
que a la luna el pie besaron
trataron de las entregas.
Mas su Majestad, que estuvo
hasta las doce con ella,
salió a cenar, con indicios
del dolor de tanta ausencia.
Partió a Burgos, y con él
fue el de Velada, Lisera,
Flores de Avila, Almazán
y el de San Román.

LISEO. ¡Qué pena
llevarían de sus galas!

MARCELO. Tiempo y ocasión les queda
para mostrallas en Burgos.
En fin, a las diez, la reina
partió a Irún, donde comió,
y se juntó la riqueza
de grandes títulos, guardas
y de la gente de guerra» [37].

Pero donde Lope, al dar motivo al diálogo, se detiene prolijamente en la enumeración de los personajes que formaron la jornada o luego se fueron incorporando a ella y en sus elogios —de lo exagerado a lo servil— que, aun siendo acostumbrados en la época, en tales nóminas, supera siempre el *Fénix* en esos casos; ansioso no sólo de encontrar mecenas, como los que van apareciendo a lo largo de su vida, sino también de hallar quienes pudieran algún día mostrarle su protección o benevolencia, de que tan necesitado se hallaba, a veces, en su accidentado vivir. Véase su destreza en manejar cadenciosamente el incensario de la adulación, por encima de todo, hasta con el conceptismo propio del Barroco —aunque no privativo de él, como alguien cree erróneamente—, jugando con las palabras, para dilatar su sentido encomiástico:

[37] Págs. 500 *b*-501 *a*.

«LISEO. ¿Quién fueron los que se hallaron
para acompañarla?

MARCELO. Tiembla
la imaginación, Liseo,
ansí por tanta grandeza
como porque justamente
todos formarán mil quejas;
mas remitiendo a los libros
que difusamente puedan
celebrarlos, oíd la cifra.

LISEO. Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO. Cabeza desta jornada
era el gran duque de Uceda,
con poderes y recados
que trajo desde Briviesca,
príncipe que si la fama
contase sus excelencias
faltaría tiempo al tiempo
y a la edad plumas y lenguas.
Gorguerán pardo vistió,
cuajado de oro; no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.
Cien mil ducados valía
el cintillo.

LISEO. Bravas piezas.
¿Qué caballo?

MARCELO. Rucio; y tal,
que copete y clin pudieran,
como quisiera esconderse,
envolverle en blancas cerdas;
el obispo de Pamplona,
que acompañaba a la reina;
el almirante gallardo
y el galán duque de Cea,
cuyas galas son sus años,
que más se envidian y precian;
el duque de Sesa...

LISEO. ¿Paras?

MARCELO. En Sesa mi lengua cesa,
porque siendo dueño mío,
dirán que es de amor licencia;
más tiempo me queda a mí
en que celebrarle pueda
sin que parezca lisonja.

LISEO. De mala gana le dejas.

MARCELO. Es puerto de mis fortunas
y de mi remedio puerta
donde puso mi esperanza
con pluma de oro: "Aquí cesan" [38].
Para el duque de Pastrana,
si tú no le conocieras,
hurtara flores el campo,
volvióse la silva en selva.
El duque de Peñaranda,
de cuyo padre se acuerdan
repúblicas en la paz,
ejércitos en la guerra;
el de Maqueda, de quien
dicen que el Africa tiembla;
mas viéndole tan galán
asegurará sus fuerzas.

LISEO. Bien.

MARCELO. El conde de Altamira,
hoy la puso en las estrellas,
y el mayordomo mayor
que la reina a Francia lleva,
duque de Monteleón.
Mas mirad, musas, que llega
el gran conde de Saldaña,
el rayo del sol de Lerma.
Dadme versos, dadme flores,
y vosotras, verdes vegas
de Osuna, alegraos de ver
que *Peña* tan *fiel* suceda
a tales padres y abuelos.

LISEO. ¿Qué galas?

MARCELO. Las que al sol cercan
cuando en el Oriente sale;
y el de la Laguna, Cerda,
que ya fue real corona;
el de Olivares no deja
pluma ni lengua a la fama,
con ser diamantes sus lenguas;
el de Povar, Mirabel,
Paredes y Santisteban,

---

[38] Esta especie de reiteración de la fidelidad de Lope al duque de Sessa, que temía la pérdida de su peculiar secretario —con el mismo espíritu anticristiano de ciertos personajes de *La Muralla*, la excelente comedia de Calvo Sotelo—, confirma la situación de las relaciones entre ambos, por esta época a que ya se ha aludido anteriormente.

Barajas, Arcos y Castro,
Camarasa y Siete Iglesias,
capitanes de las guardas
españolas y tudescas;
el conde de Villamor,
bizarro en cualquier empresa;
Cantillana, que hasta Francia
llevó española firmeza;
el comendador mayor
de la gran cruz de Montesa,
y del Consejo de Estado,
el que mil reinos celebran.

LISEO. ¿Quién?

MARCELO. Don Agustín Mejía,
y del Consejo de Guerra,
don Diego Brochero, a quien
Malta con razón laurea;
don Pedro Pacheco, ilustre
e insigne en gobierno y letras;
don Fernando, el de Carrillo,
presidente en el de Hacienda;
Gil Ramírez de Arellano,
tan ilustre en la nobleza
como en letras y virtud,
y tan claro en todas ellas;
el gran padre confesor
a quien España venera
por único religioso;
tanto las honras desprecia,
al cuidado del alcaide
Francisco Márquez Gareta.
Todos confiesan que están
en obligación y deuda.

LISEO. ¿Lució mucho don Antonio
Portocarrero?

MARCELO. Pudiera
hacer competencia al sol.

LISEO. ¿Don Juan de Córdoba?

MARCELO. Llega
a tenerla de sí mismo
en única gentileza.

LISEO. ¿Don Diego Chacón?

MARCELO. Bizarro,
con don Juan de Saavedra,
que allí el galán se llamara
si antes el galán no fuera;

a don Francisco de Prado
dio su nombre flores bellas;
de don Vicente Zapata,
de don Francisco Brizuela,
de don Fernando Verdugo
y de otros mil, si me diera
licencia el tiempo, yo hablara;
mas será razón que sepas
que don Antonio Beforte,
que los archeros gobierna,
fue lucidísimo en todo,
que siempre en todo se extrema;
iba don Pedro Carrillo,
el de Pinto y Caracena,
don Antonio de Toledo,
y para cerrar la cuenta,
don Bartolomé Sarmiento;
y porque si algunos quedan
no presuman que es malicia,
les doy palabra que sean
bravamente celebrados.

LISEO. ¿Qué dices de las libreas?

MARCELO. Si en eso he de hablar, Liseo,
primero dará la rueca
del cielo la vuelta a un siglo» [39].

Para la ceremonia de la entrega no se podía utilizar la isla de los Faisanes, en el río Bidasoa, por ser entonces íntegramente española —de la jurisdicción de Fuenterrabía (Guipúzcoa)—, y el protocolo del acto exigía, para celebrarlo, un terreno fronterizo, por lo cual hubo de construirse, artificialmente, sobre el río una caseta —con acceso desde las orillas española y francesa respectivamente—, que se ornamentó con lujo sin precedentes. Lope, dándose cuenta de lo artificioso de todo lo indicado, creyó necesario explicarlo, así como la opulencia que rodeó la entrega de la ya Reina de Francia, y la que sería, hasta que reinara su marido, princesa de Asturias, heredera con él de la

[39] Págs. 501 *a*-502 *b*. Tarea, tan inútil aquí como inacabable, sería la identificación de todos los personajes citados, fácil por otra parte en su mayoría, ya que son los que siempre figuran en los actos solemnes de la Corte en esta época, pero interesa su enumeración, no sólo para completar lo que dicen las relaciones, con las halagüeñas características que les va señalando Lope y también para hallar datos de ellos aquí, con vistas a un ulterior estudio en que figuren cualquiera de ellos, que en estas páginas y en su totalidad sería imposible por su extensión y además carecería de interés a nuestro objeto, salvo dar la impresión al lector de la importancia del acontecimiento hispano-francés y de la brillantez de la Corte de Felipe III, congregada, en lujos y dispendios, por el duque de Lerma.

corona de España, habiendo renunciado ambas a todo derecho hereditario sobre sus respectivas naciones de origen.

El *Fénix*, que tiene palabras de homenaje para los franceses, y, en especial, para Isabel de Borbón o *de la Paz*, no vería directamente todo, pero con su don de observación y su perspicacia para completar los datos necesarios, indagaría el resto de su señor, el duque de Sessa, que sí estaría presente, y de cuantos servidores tenían que estarlo, asimismo. Incluso su veracidad en los detalles —que le sirven para dar realidad a lo que dice, en tantas ocasiones— afirma que no oyó lo que se dijeron la Reina y la princesa ni lo que el duque de Uceda —hijo del duque de Lerma, quien hubo de detenerse enfermo a mitad de camino, aunque él rigió todo con su esplendidez y buen gusto indiscutibles [40]—, en representación de España, y el duque de Guisa, en la de Francia, trataron protocolariamente acerca del acontecimiento, usando cada uno de su propio idioma.

«Mas por que la entrega entiendas,
sabrás que divide un río
a España y Francia, que encuentra,
bajando de las montañas,
la mar la llena marea.
Las dos orillas tenían
fabricada de madera
dos casas con mil pinturas,
y gradas en torno dellas;
con ricas tapicerías
estaban las dos compuestas,
y un dosel en cada una,
correspondiente a la puerta;
también en medio del agua
otras dos estaban hechas

---

[40] De la riqueza de su atuendo personal, que aun superior al de todos da una tónica del lujo reinante en la comitiva, nos da cuenta detallada González de Amezúa —*Ob.* y t. cits. (págs. 70-71)—, valorándolo en «más de 34.000 ducados», cerca de 400.000 pesetas oro a la equivalencia monetaria de hoy, sin contar las alhajas que llevaba y custodiaba, para ostentarlas, sin duda, en las ocasiones que pudiera «el mayor ladrón de España», como fue llamado su guardajoyas, Gonzalo González, «platero de oro», cuyo valor ascendía a «la cifra fabulosa de 110.000 ducados», que en la misma equivalencia antedicha ascendían a 1.254.000 pesetas oro, capaz de dar envidia a una «famosa» de nuestros tiempos. Y añade el mismo González de Amezúa en su indignada admiración: «todo esto reunido y atesorado por quien dieciséis años antes era simple [¡de eso nada!] marqués de Denia, arruinado señor del reino de Valencia. ¡Qué bien aprovechaban su tiempo los validos y ministros del buen rey don Felipe III!» Esto último, aunque al Monarca no se le tenga por poco inteligente, que lo era, sin la menor duda —como ya demostré en mi citado estudio *De cómo un rey madrileño...*—, no merece la menor aquiescencia, respecto a tal bondad, ya que nunca fue contraria a ella, sino su apoyo, el buen gobierno de un país.

a modo de cenadores
con mil colores diversas,
coronadas por lo alto
y a todas partes abiertas.
Dos barcas chatas había
que gobernaban dos cuerdas
que a este sitio caminaban
sin otros remos ni velas.
Bajaron, pues, los de España,
por su parte, con la reina,
y los de Francia, Liseo,
con la divina princesa;
trájola el duque de Guisa,
y acompañando a su alteza
mucha nobleza de Francia
y brava gente guerrera
que estaba en dos escuadrones
sobre una montaña puesta,
y en las orillas del río
a este tiempo las trompetas,
las cajas, las chirimías,
las dos naciones alegran.
Entraron en las dos casas,
y a las dos barcas por ellas,
donde, en la mitad del río,
se vieron reina y princesa.
Habláronse, no lo oí;
luego dicen que el de Uceda
hizo su razonamiento
de aquella famosa entrega,
a quien respondió el de Guisa
lo mismo, en lengua francesa.
Escribióse todo ansí,
y al despedirse la reina
le dio una cruz de diamantes
a la señora duquesa
de Medina; volvió al fin
la barca a Francia con ella,
yo fui a llorar, y mirando
en España la princesa
serenísima a los ojos,
di otro sol que el agua templa,
andaba encima del río
la paz, divina doncella,
con una túnica roja
y azul a jirones hecha,

sembrada de lirios de oro
la parte azul; la sangrienta,
de castillos y leones,
y encima de sus cabezas
sembraba oliva y laurel,
clavellinas y azucenas
diciendo: "Filipe y Luis
vivan en paz, vivan; sean
Ana y Isabel sus lazos";
y luego rompiendo vieras
la superficie del agua
sacar la honrada cabeza
el claro río Behovia
revuelta en coral y perlas,
y que cercado de ninfas
españolas y francesas
todas respondieron: "Vivan,
que por muchos años sea"» [41].

Realmente, la relación al llegar a su final, como se ha podido comprobar, viene a convertirse en una alegoría poética en que la Paz —la paz alcanzada entre Francia y España, que dio, en esta ocasión, sobrenombre a la princesa— lo fundamental de todo, en fin, no se olvida por el *Fénix* y corona a las reales personas, simbolizando a los pueblos español y francés en las ninfas del río Bidasoa, la frontera entre los dos países, que las vitorean.

Ha de tenerse en cuenta, por último, que cuando Isabel de Borbón o de Francia entró en Madrid después como princesa, no francesa sino española,

---

[41] Págs. 502 *b*-503 *b*.

Tan grabadas quedaron en la memoria las figuras de la futura Reina de Francia y de la que había de ser Princesa de Asturias en España, que mucho después las recordaba en unos versos de su égloga *Amarilis* —Ed. *Obras sueltas*, t. X, págs. 152-153—, en el momento de frotar «las estrellas» en la entrega:

«Ahora me parece que la veo
pasar el claro río a la montaña
que divide la Francia de la España
trocando las estrellas Himeneo,
Francia a doña Ana de Austria por señora
sobre la espalda de cristal adora
de Behovia corriente,
ceñida de ovas frágiles la frente,
y la dichosa España a la divina
Isabel de Borbón, a quien inclina
la cabeza de almenas coronada
entre leones de oro,
digna por tanto angélico decoro
de estampar la dorada
planta en el Mundo Nuevo,
Cinthya oriental con el hispano Febo.»

Anterior Inicio